

IX

Paco se había quedado dormitando, y su fuerte resuello se oía ruidoso y repugnante.

A la expresión vivaz é inteligente de su fisonomía, había sucedido otra de natural estupidez.

Su gorra se había caído.

Sus cabellos pendían por sus mejillas en mechones desiguales.

Su corbata estaba torcida y desatada.

Casilda se acercó á él, y luego fué á la cocina; llenó de café una taza, le puso un poco de azúcar y volvió al lado de su marido.

—Paco—le dijo moviéndole suavemente,— aquí está el café.

Paco abrió los ojos y alargó la mano á la taza.

—Yo te daré, que estás medio dormido,—dijo Casilda acercando la taza á los secos labios de su marido.

Este bebió con la avidez de los beodos, que tienen una especie de pasión por todos los líquidos.

Dos minutos después, aquella bebida espirituosa había producido el efecto acostumbrado, disi-

pando casi del todo las nieblas que obscurecían el cerebro de Paco.

—Válgame Dios, Casilda—dijo echando hacia atrás sus cabellos:—¿todavía no te has acostado?

—No. ¡Si acabas de llegar!—respondió ella.—Vamos, ¿quieres más café?

—¿Hay más?

—Sí.

—Pues dame; ¿pero quién ha traído este café?

—Lo mandé yo traer del café de ahí enfrente.

—¿Pues cómo lo tienes en un puchero?

—Para que no se enfríe.

—Apuesto á que lo has hecho tú.

—Y aunque así fuera, ¿qué tendría eso de malo? Mejor hecho estará, que lo del café es veneno.

—¿Pues por qué dices que lo han traído?

—¡Como me hallaste en la calle!...

—¡Ya! Porque no te regañara...

—Sí: como te incomoda el que vaya á esperarte...

—¿Me diste esa excusa?

—Sí.

—¡Pobre Casilda!—exclamó Paco, cuyo cerebro iba quedando limpio de las nieblas que le habían invadido.—Desde que nos hemos casado, que hace cerca de dos meses, todos los sábados te hago pasar mil angustias.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Porque vengo borracho como una cuba; pero de eso tienen la culpa las malas compañías.

—¡Borracho! ¡qué horror!—exclamó Casilda.—¡Vergüenza me da oírlo! Vienes algo alegre y nada más; que para otra cosa eres tú persona demasiado decente. Eso de emborracharse se queda para los de oficio de poco más ó menos.

—Pues yo, ¿qué tengo más que un oficio como otro cualquiera?

—Como otro cualquiera, no: el tuyo es un oficio muy decente; pero vamos á dormir, Paco. Acuéstate, que tienes que madrugar.

—¿Pues y mi maldito vicio de jugar?—prosiguió Paco, al que daba entonces por echarla de sentimental.—No te entrego ni la mitad de los jornales.

Casilda guardó un triste silencio.

—Habla, mujer—dijo Paco.—¡Parece que te han cosido la boca!

—¿Qué he de decir? Cuando juegas, es señal de que hallas gusto en ello, y tú eres dueño de hacer tu gusto.

—No, señor: nadie es dueño de su gusto cuando éste es en daño de los demás.

—No es eso, sino que ese gusto te trae algunos malos ratos después.

—¡Y muy malos!

—Pues entonces, gusto que hace padecer no es gusto. Otro día, desde el trabajo, te vienes á casa.

—¡Qué! ¡pero si le comprometen á uno! Así me pasaba en casa de mi tía la fondista, y me rega-

ñaba tanto que tomé el partido de dejarla y marcharme de su casa para vivir á mi gusto; pero vamos á la cama, que me caigo de sueño.

Paco se metió en la alcoba; su mujer le ayudó á desnudar, y le arropó con el mismo cuidado que si hubiera sido el mejor y más ejemplar de los esposos.

—¡Dios mío! ¡esta muchacha es una mártir!— exclamó Rosario.—Casilda—dijo al verla entrar, —¿por qué nos callabas lo que te pasa?

—¿Y qué conseguiría con decirlo á ustedes, señorita? Darles un mal rato y nada más; y luego que la mujer debe sufrir las faltas de su marido y no publicarlas.

—¿Pero sabías tú lo que era antes de casarte con él?

—Ya sabía que era algo calavera; pero no tanto.

—¿Y por qué te muestras tan solícita y tan blanda?

—¿Y qué he de hacer, señorita? ¿Alborotar la casa? ¿armar un escándalo? ¿llenarle de picardías? ¿Qué adelantaría con eso? El perdería la vergüenza, y adiós: era hombre al agua. Así, á lo menos, conserva un resto de pundonor y teme que le vean. ¿Quién debe ocultar sus faltas mejor que su mujer? ¡Cada uno lleva su cruz en este mundo!

—Es que la tuya es muy pesada, ¡pobrecita!— dijo doña Benigna.

—¿Y qué remedio, señora? Dios es quien nos las reparte en el mundo, y por más que me empeñe, no la podré aligerar así... de repente.

—¿Y así has de vivir siempre?

—Tal vez no, señora: yo no he sido mala para ser siempre desgraciada.

—Casilda—dijo Rosario,—tú debes tener apuros, porque tu marido juega. Toma dinero.

—Señorita—respondió la joven,—muchas gracias. Ahora me voy á poner á concluir unas camisas, y mañana me las pagarán.

—¡Qué!—exclamó doña Benigna,—¿coses ajenas? ¿A ese extremo has llegado?

—Señora—respondió Casilda con dignidad,—al matrimonio se lleva un fondo común: el hombre es el que pone el dinero; la mujer el trabajo, la economía y el buen orden. Si el marido cae enfermo, la mujer debe trabajar en lo que él no llegue. Esta es la obligación que contrae al casarse, y en esa comunidad de bienes no debe entrar ningún tercero: ganarlo honradamente entre los dos, y entre los dos gastarlo. Pues bien: mi marido está enfermo; sólo que en lugar de baldarse de dolores ó de quedarse ciego de los ojos, ha cegado su razón, y su alma ha enfermado al contagio de otras malas almas, y mi obligación es llegar á donde él no llegue: si sana, tanto mejor; si no, Dios me dará fuerzas para llevar mi cruz.

—¿Y le vas á mantener sus vicios?—exclamó Rosario indignada.

—Sus vicios, no, señorita. Me hago la cuenta de que sus vicios se los paga él, y ¡ay de mí! bien caros, porque pierde la salud y la vida; yo le pago la comida, la limpieza y un poco del bienestar y de la paz que necesita después de la borrasca.

X

El lago azul de la vida de Rosario no estaba turbio dos meses después de los sucesos referidos: se había ennegrecido.

Querer es poder, como decía la Marquesa del Puerto y como también decía algunas veces el bueno y honrado don Dámaso Maroto.

Rosario *había querido* y *había podido* hacer de su vida un continuado purgatorio, en el que las sonrisas de dos bondadosos ancianos apenas daban algún rayo de luz entre aquel caos de sombras.

De las pequeñas disputas, los esposos habían llegado á las contiendas serias; ya habían pronunciado entrambos palabras de esas que no se olvidan jamás.

Pepe llamó á su mujer déspota y ridícula, y le había dicho que si había llegado á los veintidós años sin casarse, era porque nadie había querido cargar con semejante furia.

Rosario, irritada y con razón, pues le habían sobrado pretendientes, le respondió que ella había podido elegir; pero que si él se había casado con ella, había sido por atrapar el dinero que de-

bía ser suyo un día ú otro, y hasta tanto una vida cómoda y feliz.

De esta suerte, Pepe había herido de una manera incurable el amor propio de su mujer, herida funesta que no se cierra jamás, y Rosario había inferido igual lesión á su marido, que era el más pundonoroso y aun el más susceptible de los hombres, tratándose de asuntos de interés material.

La primera disputa es la que se debe evitar en el matrimonio. Así como la primera palabra de amor suele decidir del porvenir de toda la vida, así la primera disensión suele llevarse detrás la felicidad de la existencia entera.

Necesaria es entre dos esposos una continua reciprocidad de miramientos y de pequeñas atenciones. ¡Desgraciadas las jóvenes inexpertas que creen que, al enlazarse al hombre á quien aman, están dispensadas ya de ser amables, tolerantes, agasajadoras, bien educadas, en una palabra!

¡Desgraciados los hombres que, al casarse, consideran ya á la mujer, que antes obsequiaban galantes y rendidos, como cosa propia!

El matrimonio es un valle que ambos deben atravesar asidos de la mano, y del cual son las flores, las atenciones y las pruebas de cariño; y los abrojos, las contiendas, la intolerancia y el mal humor.

Jóvenes esposas, á vuestras delicadas manos toca sembrar las flores: si vuestros esposos siem-

bran algún abrojo, arrancadlo antes de que crezca y sofoque las galas de vuestro amor y la luz de vuestras ilusiones.

El matrimonio, como decía Casilda, es una unión íntima en la que no cabe ningún tercero, y en la que la mujer debe poner todo lo que al hombre falte de generosidad y de paciencia, y éste todo lo que á aquélla falta de talento y de juicio; es una cruz que no admite ayuda de Cirineo, un contrato santo de dos almas que Dios firma en el cielo, y Dios solo puede romper con la espada de la muerte.

El día fatal en que Rosario echó en cara á su marido que se había casado con ella porque era rica, se hallaba presente Casilda, y la sencilla aldeana, sin educación y sin cultura, se hizo hacia atrás, trémula de espanto, al ver la expresión que tomó el semblante del ultrajado esposo.

Pepe, atónito al oír estas palabras, ahogado por el exceso de su furiosa cólera, trémulo y desalentado, no supo qué responder: eran tantas las palabras que se agolpaban á sus labios, que ninguna hallaba salida; por último, midió á su mujer con una ojeada de amargo y sangriento desprecio, y salió de la habitación con paso atropellado.

Una hora después, se hallaba en una casa de juego para olvidar lo que acababa de oír.

—¡Y qué!—pensaba en pie delante del fatal tapete que consumía tantas fortunas y la felicidad de tantas familias,—¿pensarán todos como esa mu-

jer? ¿dirán por ahí que me he vendido? ¡Sin dudal
 ¡Cuando esa mujer, que tanto parecía quererme,
 me lo dice, es que lo ha oído decir! ¡Esa idea no
 puede haber salido de su corazón, que es bueno!
 ¡Eso es que el mundo me llama hombre sin pun-
 donor y sin delicadeza, parásito holgazán al que
 mantiene su mujer, pordiosero que no tenía pan
 ni sabía ganarlo, y se cubrió con las heridas de un
 amor postizo, como un mendigo de falsas llagas,
 para que le arrojasen el pan de la limosnal ¿Y qué
 hacer? ¿Separarme de ella? ¡Eso sería dar á mi ma-
 dre un golpe mortal, y á la sociedad derecho para
 decir que me habían arrojado como á gato ladrón,
 que se come las mejores tajadas de la cocinal ¡Oh!
 ¡haber dejado mi carrera por dar gusto á su padre!
 ¡Cómo andarán mi honor y mi dignidad en el sa-
 lón de la Marquesa del Puerto! ¿Qué has hecho,
 Pepe Molina, hijo del honrado y viejo general de
 este nombre; qué has hecho de tu orgullosa inde-
 pendencia? ¿Y cómo trabajar ahora en la hacienda
 de mi suegro, hacer las mejoras que él me aconsejó
 y que yo tenía proyectadas? ¡Para que esa
 mujer diga que lo hago por ambición, y para que
 me quede todo más floreciente! ¡Eso jamás! ¡Ya
 estoy desentendido de todo! Volveré á mi carrera,
 y si me destinan lejos de aquí, mejor: ese será el
 medio de obtener una separación sin ruido y sin
 escándalo. Mientras tanto, no tocaré un solo real
 de esa fortuna maldita: pintaré cuadros y me di-
 vertiré con su producto.

Pepe tenía razón: las frases de su mujer no ha-
 bían salido de su corazón, y habían sido sólo hijas
 de su imprudente cólera. El mundo tampoco le
 creía interesado; pero aquella imaginación vehe-
 mente y exaltada todo lo veía con los colores más
 negros, y bastaban aquellas desesperantes ideas
 para sumergirle en toda clase de extravíos.

Haciendo por sacudir tan amargas reflexiones,
 Pepe jugó y ganó; puso á otra carta, y ganó tam-
 bién: la suerte, deseosa de consumir su perdi-
 ción, le fué favorable y le permitió ganar toda la
 noche.

Cuando se retiró, á las dos de la madrugada,
 llevaba en los bolsillos cerca de tres mil duros.

Llegó á su casa; llamó, y el criado bajó á abrirle.

—¿Y mi madre?—le preguntó.

—Está esperando á usted, señorito; y también
 el señor y la señorita. Han pasado muy mal rato
 desde las nueve, y yo he ido á buscar á usted á
 todas las casas conocidas.

Pepe no respondió; entró en la habitación, y
 después en el comedor, donde se hallaba la mesa
 puesta y la familia reunida.

—¡Hijo míol ¿qué te ha pasado?—exclamó la
 madre corriendo hacia él.

—Nada, mamá—repuso él desafiando la furio-
 sa mirada de Rosario:—me he entretenido en casa
 de unos amigos.

—¡Qué rato nos has dado!—exclamó el buen
 don Dámaso.—Rosario estaba que parecía faltár-

le la tierra bajo los pies; pero ya que no te has puesto malo, eso es lo principal. Vamos á cenar.

Pepe, profundamente conmovido con la indulgencia de aquel venerable anciano, sintió que las lágrimas acudían á sus ojos.

¿Qué más podía haber esperado de su propio padre? Así pensó Pepe, y también su madre, que dijo al digno labrador:

—¡Gracias, don Dámaso!

—¿De qué, señora?—preguntó muy admirado el señor Maroto.

—¡Es usted muy bueno para mi hijo!

—¿Pues qué mal hay en que venga un poco tarde? Los jóvenes no han de vivir como los frailes, y un hombre no es un chiquillo de la escuela. Lo que has de hacer otra vez, hijo mío, es decirnos á la hora que vendrás, ó llevarte la llave para que se acuesten los muchachos, que están trabajando todo el día.

—Padre—exclamó Rosario levantándose, con las mejillas como la grana y los ojos echando chispas,—¿hacía usted eso cuando vivía mi madre?

—¡Qué había de hacer, hija! En Epila, de donde nunca salimos, ya sabes que á las diez cada mochuelo se iba á su olivo: allí no había ocasión...

—¡Ni aquí ni en ninguna parte la hay para los hombres que saben lo que se deben á sí mismos y lo que deben á su mujer!—exclamó Rosario.

Y salió, cerrando tras sí la puerta con tanto es-

trépito y tan fuerte golpe, que la loza y el cristal de la mesa se chocaron entre sí con lúgubre chirrido.

Era éste un enojo muy natural y muy motivado; pero su expresión tan grosera, que no podía haber tenido otra la mujer más vulgar. Con un llanto silencioso, hubiera aún podido ser la victoria de Rosario, porque tenía sobre su marido una ventaja inmensa y la sola que es dado tener á la mujer: la de ser ella irreprochable de ninguna falta positiva, en tanto que él había obrado mal; mas para discurrir así, era necesario tener calma para raciocinar, y la pobre Rosario se dejaba dominar siempre por su corazón.

—Hijo—dijo doña Benigna,—no sabes el rato que ha pasado la pobre Rosario: hasta ahora poco ha estado en el balcón; ha llorado, ha rezado, y de verla estábamos más afligidos que de tu falta.

—¡Perdón, madre mía!—exclamó Pepe;—¡perdón, padre! y escuchadme, porque os quiero hablar á los dos con franqueza.

Entre Rosario y yo han mediado cosas que no tienen compostura: me ha insultado, y yo, para distraerme, me he ido en busca de diversiones en que nunca hubiera pensado.

—¡Qué dices!—exclamó don Dámaso, cuyo apacible rostro perdió el color súbitamente;—¿qué ha podido pasar entre los dos? ¿Mi hija tiene devaneos? ¿te ha faltado en algo?

—¡Sólo de palabra, padre, pero me ha herido profundamente!

—¡Palabras, palabras! Las palabras se las lleva el viento. ¡Hijo, por Dios, tiene el genio fuerte, es verdad; pero es muy buena! ¡Perdónala por mí! Ella te quiere, te adora, y si tiene arrebatos, son nacidos de su mismo amor.

—¡Pepe, yo no te conozco!—añadió doña Benigna.—¿De parte de quién ha de estar la prudencia? ¿Quién ha de ser el fuerte: una pobre joven, sin mundo y sin experiencia, ó tú?

—¿Es decir, que yo he de ser el que ceda?—preguntó Pepe confuso y casi convencido.

—¡Yo te lo ruego!—exclamó don Dámaso con afligido acento.

—Yo lo espero de tí,—añadió con tierna gravedad la prudente madre.

—Está bien—dijo Pepe;—pero, padre, amonestá á Rosario para que se modere.

—¿Pero qué te ha dicho, hijo mío?

—No hay para qué repetirlo—observó doña Benigna:—las palabras de una mujer, sean las que quieran, no están bien en la boca de un hombre. Vamos, hijo mío, ya que no puedes cenar, ve á recogerte y todos haremos lo mismo.

El criado trajo luces: cada uno tomó la suya, y se dirigió á su cuarto, no á descansar, sino á sumergirse en tristes cavilaciones.

La dulce paz había huído de aquella casa, que alumbraba la discordia con su sangrienta tea.

Pepe fué al cuarto de su mujer y llamó; pero nadie le respondió.

Hubiera vuelto á llamar; pero no quiso que se apercibieran los criados, y entró en el suyo.

Este tenía una puerta que comunicaba con el de su mujer.

Fué á abrirla y estaba cerrada por dentro; llamó, casi con timidez, y la voz de Rosario le contestó con el acento de la cólera:

—Suplico á usted que me deje descansar, que ya es hora.

—Será usted complacida,—repuso Pepe muy picado.

Se acostó, y aunque tardó en hallar el sueño, se durmió al fin.

Rosario vió la luz de la aurora sin cerrar los ojos y sin cesar de derramar lágrimas amargas.

Los hombres, aun los más sensibles, sienten de otro modo que las mujeres, y rara vez pierden el reposo corporal.